

FAUSTO REINAGA, EL IMPUGNADOR APASIONADO

POR EDUARDO OCAMPO MOSCOSO

La ubicación de Fausto Reinaga en el escenario de las letras bolivianas es impar, diferente a la de otros escritores combativos. Su desacuerdo o disconformidad con la obra y trayectoria de varios intelectuales le viene concitando el odio o aborrecimiento de quienes se sienten agraviados por sus críticas acerbas, o disminuidos en su significación personal por los análisis despiadados de aquél. De ahí que muchos son los adversarios de Reinaga en el recinto de los conciliábulos caseros, y pocos, como en los casos de Jean Russe o Augusto Guzmán, que le salgan al encuentro. Los más han preferido o prefieren escudarse en un silencio desdeñoso que no significa propiamente desprecio, sino, más bien, un recurso proclive al conformismo. Callar es siempre asentir o cuando menos hacer lo que hace el avestruz.

Sin constituirnos en coadyuvantes de los juicios de Fausto Reinaga, debemos reconocer, empero, su valentía y temerario desembozo para señalar lo que,

desde su punto de vista, le parece blanco de su crítica o motivo de controversia.

En Reinaga se patentiza el caso del *Impugnador Apasionado*, coincidiendo con el símil del "Comprendedor Apasionado", frase adjetival con la que Benjamín Carrión distingue a G. Humberto Mata, el beligerero escritor ecuatoriano.

El lenguaje del autor de "*El Indio y el Cholaje Boliviano*" es rudo, áspero, incisivo, torpe, si se quiere; pero la sinceridad sin tapujos que luce en sus escritos, le salva de la descalificación o la menosvalía. Reinaga es espejo ustorio del inveterado rencor de la raza india, su raza, como él la llama, y con la que se identifica y asume su defensa, sintiéndose intérprete de sus angustias y esperanzas.

En el campo de la psicología social esa actitud beligerante es producto de las mismas contradicciones clasistas que inciden en el plano de las realidades nacionales. Cosa parecida ocurrió en Francia con Paul Lea-

taud, el famoso jefe de redacción de "Le Mercure", cuando expresaba que el mejor tributo que podía rendir a Paul Fort — el príncipe de los poetas de su tiempo — había sido el de arrojar los 18 tomos de sus "Baladas" como alimento de sus perros y de sus gatos. Y cuando la escritora Adele lo calificó de "sapo", Leataud respondió que ese batracio, según el Diccionario, era un animal útil para aplastar a las sabandijas y a los insectos.

Ese moderno cínico que buscaba a estilo de Diógenes al hombre de verdad, contó, en sus andanzas solitarias, con el respaldo de muchos intelectuales franceses y esa su arrogante insolencia motivó una de las crónicas más acabadas de Ventura García Calderón, ese "pe ruano con ojos de parisién auténtico", como lo llamara Miguel Angel Urquieta.

El escritor o el político no es inmune, en su función pública, al disfavor de sus semejantes ni a las exigencias valorativas de la crítica. Esto viene produciéndose en el Ecuador con la obra y personalidad de don Juan Montalvo.

Como es natural esa actitud revisionista ha desencadenado la airada protesta de los ambate-

ños y la aspérrima reacción de los admiradores del notable panfletario de "Mercurial Eclesiástica", haciéndose extensivas a Benjamín Carrrión, sesudo comentarista del libro "Zaldumbide Montalvo" de G. Humberto Mata.

En toda colectividad humana, por más incipiente que sea, impera — quiérase o no — un principio ético del que nadie puede inhibirse y que se traduce en la exigencia, si no de una conducta ejemplarizante, por lo menos de una sujeción a determinadas normas que deben cumplir quienes son objeto o centro de convergencia de la pública expectativa. Lo de "ande yo caliente y ríase la gente" no pasa de ser consuelo de necios o una añagaza de tipo individualista.

La trayectoria del individuo que sobresale en su medio se la aprecia por su mayor o menor respeto a una *constante* moralística y que puede traducirse en una limpia ejecutoria intelectual o en la firmeza con que sabe sustentar una causa, una doctrina, una convicción.

En el quehacer literario, oficio de unos para beneficio de otros, tampoco pueden sus cultores ser indemnes a la crítica en su dimensión humana o intelectual. Los casos de José Santos Cho-

cano y Salvador Díaz Mirón en América son de los más elocuentes en ese orden. Admirados seguirán siendo el peruano y el mexicano por las primicias rutilantes de su obra poética; pero sus trayectorias existenciales, en su doble refracción de luces y de sombras, estarán puestas siempre en tela de juicio. No se debe olvidar que el pueblo y lo que sociológicamente se llama "opinión pública" tienen siempre los ojos vigilantes como el príncipe argivo. No bastan los oropeles retóricos, fugaz humareda o dorada hojarasca, cuando encubren vaciedades mentales.

—

En el campo de las confrontaciones políticas, Fausto Reinaga no estará tampoco indemne a la crítica de sus contrincantes. Incorporado un tiempo a los cuadros del MNR., en la persuasión de que serían realidad las conquistas sociales preconizadas por ese partido, tuvo que rectificar después su camino. Ello pudo ser un error, pero no un pecado; pues, ese cambio de actitud lo hizo en una línea ascendente y Reinaga asumió el partido de los hombres que luchan por la liberación del pueblo boliviano y, concretamente, por la de la clase indígena. Años atrás, cuando se iniciaba la guerra del Chaco una pré-

dica pacifista costó a Reinaga la cárcel. Sus luchas por el sindicalismo en las minas y en los campos le ocasionaron prisiones, persecuciones, destierros, y conformaron en él una fuerte mentalidad revolucionaria. Su pasión mesiánica por el indio lo conduce a extremos de acre inconformidad, más que con la obra de poetas y escritores, con su proceder contradictorio dentro del acontecer nacional.

—

"La Intelligentsia del Cholaje Boliviano" es un libro de estructura desigual. Menos transcripciones referenciales y un análisis más detenido sobre los escritores enjuiciados habrían dado mayor textura y significación a la obra. Ello se deja notar en sus apreciaciones acerca de Adolfo Costa du Relezs, Guillermo Francovich, Jaime Mendoza, Ignacio Prudencio Bustillo, Carlos Medinaceli, Roberto Prudencio y Augusto Guzmán.

En el plano estrictamente literario la contribución bibliográfica de Augusto Guzmán requería de un estudio valorativo, dadas sus importantes aportaciones sobre el proceso de la novela boliviana y sus comentarios de acucioso intérprete de la personalidad de poetas y escritores nacionales.

En cuanto a José Antonio Arze, no debía, Reinaga, olvidar que el ilustre promotor de la Autonomía Universitaria fue la mentalidad sociológica más sólida que tuvo Bolivia. Su caudal generosidad y su talento singular hacen inmune su memoria. Si resultó comprometido dentro del torbellino de la política lo hizo con un desprendimiento patriótico. Pudo ser un error, pero nada más. Víctima injustificada de los odios sectaristas y de la envidia de los propios hombres de su generación, fue un vigoroso removedor de conciencias y a no ser la bala asesina que abrevió su vida, el autor de "Sociología Marxista" habría sido uno de los rectores del pensamiento revolucionario latinoamericano y un gran abanderado de la liberación nacional.

Tampoco estamos de acuerdo con Fausto Reinaga sobre la obra de Jesús Lara. El autor de "Harawi, harawicu" y "Pau-carwara", poemarios de reconcentrada sensibilidad quechua, es el investigador más serio de la cultura artística y literaria del Inkario. Su serie de libros sobre el tema le va dando relieve mundial. Además la novelística de Lara, de tipo naturalista y proyectada al ambiente valluno, quíerese o no, es una de las mejores expresiones de la literatura boliviana. A través de

"Yanakuna" y de su moderna trilogía *Yawarninchij* (Nuestra Sangre), *Sinchicay* (audacia, denuedo) y *Llalliypacha* (tiempo de vencer), Jesús Lara denuncia la confusión que en el ambiente indígena han estado sembrando los caciques de nuevo cuño; los abusos y depredaciones entre los hombres del agro y la lenta conformación de una conciencia vigilante de la que emergerá la esperanza en el imperio de la justicia para los trabajadores campesinos. Las novelas de Lara no serán ni son plato apetecible para el gusto de la burguesía decadente. Por ello se las ha querido conceptuar despectivamente o darlas por ignoradas.

Lara es uno de los más altos exponentes de la novela naturalista latinoamericana. Si enfoca a su manera el *modus operandi* de las luchas de liberación del campesinado, no se puede desconocer su valía de escritor leal a sus principios y convicciones.

Finalmente, no se puede subestimar, como lo hace Fausto Reinaga, la significación literaria de Ricardo Jaimes Freyre en el ámbito de la lírica hispanoamericana. Ahora que los panegiristas de la memoria de Rubén Darío y Leopoldo Lugones pretenden, subrepticamente, ignorar los méritos del autor

de "Castalia Bárbara", debemos oponernos resueltamente a esa conspiración del silencio. Como afirma uno de sus biógrafos: Jaimes Freyre alimentó ideas socialistas toda su vida. Fundó el periódico revolucionario "La Montaña" de Buenos Aires con José Ingenieros, Roberto Payró, Enrique Dickman, Salvador Burghi, Darío y Lugones. En 1907 predijo, en su poema "Rusia" la gran Revolución de 1917. Y aún más: a diferencia de sus dos conspicuos compañeros de ruta — el uno que rindió pleitesía a los tiranos, y el otro que propugnó culto a la espada — el maestro de las "Leyes de la Versificación Castellana", se mantuvo firme en sus ideas. No le resta ese mérito el hecho de haber intervenido más tarde en las encontradas aguas de la política boliviana.

La valoración de los hombres pensantes en relación a su medio y a su tiempo debe ser enfocada con mayor comprensión dialéctica para establecer méritos y deméritos. Y Fausto Reinaga pudo hacerlo con ventaja, ya que posee talento y capacidad para ello.

La negación o desconocimiento de los valores humanos no es siempre aconsejable si se los juzga desde un solo punto de

vista. Lenin no estuvo de acuerdo con Mayakovski cuando éste instigaba al ataque contra Puschkin o a disparar contra los juroes de los museos. De ahí que el PC, en su declaración de 1º de julio de 1924 decía "que se luchará por todos los medios contra la actitud ligera y despectiva frente a la vieja herencia cultural y a los especialistas de la palabra artística".

"La Intelligentsia del Cholaje Boliviano" invita a una cuidadosa reflexión y a una revalorización de la fenomenología cultural boliviana en los ámbitos filosófico, sociológico y literario, principalmente. Del contenido de ese libro emerge la siguiente interrogante: ¿Cuál es el papel que debe desempeñar el escritor, el poeta o el artista en una campaña de liberación de la ignorancia, de la subestimación y del abandono en que vive la clase indígena?

Desde luego, Fausto Reinaga ha asumido, en cualquier forma que sea, la responsabilidad que concierne a un hombre de lucha en el terreno de las grandes confrontaciones ideológicas.

Ese es su mérito y su destino.

Cochabamba, julio de 1967.